

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
LEONARDO SCIASCIA:
VALIOSA Y VIGILANTE PRESENCIA



Leonardo Sciascia

Hace poco, en un artículo de la revista francesa *L'ARC* (no. 77, dic., 1977, consagrado a la obra de Leonardo Sciascia), el director de cine Francesco Rossi, uno de los tres realizadores italianos que han adaptado, hasta el momento, seis de los libros de Sciascia, afirmaba que tanto las obras como la persona misma de este autor se han convertido para Italia en una presencia vigilante y necesaria. En efecto, ningún intelectual ha logrado ganarse tanto como este siciliano de 59 años la admiración y la estima de sus compatriotas. Creo que ninguno, tampoco, los ha logrado inquietar y hasta irritar tanto. En una Italia a la deriva, en un país de raptos, asesinatos, de increíbles negociados; en una Italia cuyo Ministro de la Función Pública declara hace poco, no sé si en un rapto de humor negro, de paranoia o de sinceridad (aunque lo más probable es que se trate de las tres cosas al mismo tiempo), que lo único que deseaba era huir del país; en una Italia en que las desigualdades sociales tropiezan con el cinismo de una dirigencia que piensa (lo afirmaba un importante líder democristiano) que nadie puede permanecer en el poder y seguir siendo tan honrado como cuando recién llegó a él, que un año, dos tal vez de honradez, sí, pero que siete... imposible; en una Italia con todos los valores humanos desinflados y pisoteados por quienes representan el discurso oficial, cuando no también por el mismo ciudadano común y corriente, cansado hasta de creer que ya no cree en nada; en una Italia en la que sólo se reverencia el dinero o a su poseedor... En fin, para qué extendernos en tan objetiva y conocida descripción de la actualidad italiana. Baste con decir que es en esa Italia donde Sciascia se convierte en el intelectual vigilante y necesario del que habla Rossi, y en uno de los hombres que más fuertemente ataca, desde diversos ángulos, la corrupción que parece haberse apoderado de las diferentes y diversificadas esferas del poder.

Digo diversificadas porque hoy, a través de las multinacionales, la imagen del poder ante los ojos del ciudadano se ha ido convirtiendo en un ente cada vez más abstracto. Antes se sabía de dónde venía el golpe, de dónde el abuso, cuándo y cómo podía esclarecerse la verdad de un hecho fraudulento o injusto. Pero el poder del que emanan los males que el individuo debe soportar es, hoy, algo prácticamente invisible. Está, incluso, por encima del gobierno y de la nación. El ciudadano que busca justicia puede fácilmente caer en angustiosas trampas kálfianas. El policía que, en el cumplimiento de su deber (en este caso la defensa del Estado democrático), llega demasiado lejos en su encuesta, puede ser asesinado por los mismos organismos del gobierno y de la policía que le encargaron realizar su encuesta. Es el caso que nos presenta Sciascia en *El contexto* (1971). En esta novela, nos dice Francesco Rossi, su adaptador al cine, "al seguir las huellas de un misterioso justiciero, el inspector de policía Rogas penetra en el convulsiona-

do laberinto de nuestra existencia presente."

Dijo alguna vez Malraux, al hablar de Faulkner, que este autor había introducido en la tragedia griega la intriga de la novela policial. Lo mismo sucede en el caso de Sciascia, sobre todo cuando aborda en sus libros, y precisamente en forma de encuesta, graves acontecimientos de la vida nacional y política italiana, como la desaparición definitiva del célebre científico Majorana, muy probablemente debida a una toma de conciencia del destino que se le podía dar a sus investigaciones sobre el átomo, o en tiempos mucho más recientes, el rapto y la ejecución, por las Brigadas Rojas, del jefe de la Democracia Cristiana italiana, "il onorevole" Aldo Moro. Pero hay algo más que llama la atención en estas novelas-encuestas a lo Sciascia, y que ya se podía encontrar en las novelas policiales de ese gran escritor norteamericano que fue Raymond Chandler. En efecto, se podría trazar un paralelismo entre investigadores como el Rogas de *El contexto* (y los de muchos otros libros de Sciascia) y el literariamente célebre inspector Philippe Marlowe. Tanto Rogas como Marlowe no llegan a encontrar jamás un desenlace a su búsqueda, y van en su camino rozando constantemente una verdad brumosa y plagada de sospechosos que no son otros que los mismos jefes que les han encargado realizar sus encuestas, o grandes industriales, o grandes personalidades del gobierno, o huidizos tentáculos de un poder multinacional cuyo centro nunca se sabe bien dónde está, y cuyos miembros se esfuman en los múltiples claro-oscuros de la realidad y de las apariencias. No olvidemos, por otra parte, que Sciascia es siciliano como Pirandello, que conoce y admira profundamente la obra del autor de *Es así, si a usted le parece*, sobre el cual precisamente escribió, en 1960, un libro titulado *Pirandello y Sicilia*.

No creo que nadie conozca hoy tan bien Sicilia como Sciascia; ni que nadie hable de ella con tanto cariño y con tanta honestidad, que nadie nos la presente tan al desnudo en su pasado y en su presente. Pero para este extraordinario escritor, para este exigentísimo intelectual, no pueden ya separarse los males de su isla de los del resto de Italia y de los del mundo entero del capitalismo y del comunismo (Sciascia fue miembro del PCI, pero renunció hace ya algún tiempo, tras haber participado como independiente en una lista comunista, en Sicilia). Lei hace poco su entrevista con una periodista del semanario francés *Le Nouvel Observateur*, publicada en italiano por el editor Arnoldo Mondadori, y cuyo título no puede ser más representativo de la actitud y del pensamiento del autor ante el mundo contemporáneo: *Sicilia como metáfora*. En efecto, según Sciascia, asistimos a una "sicilianización del mundo"; el mundo entero, y ya no sólo el norte o el centro de Italia, se está volviendo mafioso. Violencia y cinismo van conquistando un espacio cada vez más grande entre los gober-



nantes de un país, entre las multinacionales que pasan por encima de los intereses de ese país, e incluso entre los partidos de oposición, plagados todos de oportunistas, cuando no, en el caso de Italia, de gente que tras la caída de Musolini, cambió abiertamente de camisa y fue a engrosar las filas de algún otro partido con futuro en los años en que volvían a soplar vientos de democracia.

Para Sciascia, vivimos en un mundo de impostores, en un mundo de mafiosos. Contra ellos pone en acción su pluma, sea a través de sus ensayos, sus novelas (léase, por ejemplo, *El archivo de Egipto*, extraordinario libro sobre las imposturas que frustraron un importantísimo episodio que pudo cambiar algo en esa Sicilia donde, según Lampedusa, había que cambiarlo todo para que todo siguiera igual), relatos tales como los agrupados bajo los títulos de *Las tías de Sicilia* o *El mar color del vino*, artículos periodísticos, discursos políticos, panfletos, y hasta un cuento filosófico "a la Voltaire." Gran admirador de los enciclopedistas franceses del XVIII, de Voltaire, de Rousseau, no creo que haya hoy en Italia un intelectual más atento a lo que son actualmente las relaciones entre el individuo y la sociedad, entre el hombre y el poder, entre aquel oscuro ciudadano de la calle y el enigmático poder de las multinacionales. Todo ello, dentro de un estilo conciso, directo, de precisión hemingwayniana, aunque el autor declara a menudo no importar tanto cómo escribe sino lo que narra y denuncia. Pero es indudable que ahí no se detiene esta preocupación de Sciascia, pues sus libros están asimismo cargados de un gran sarcasmo y de una ironía realmente filuda, lenta, demoledora. De estas características de la escritura de Sciascia no se salvan ni la Iglesia católica ni la juventud actual. Cito, al azar, algunas frases de *Nero su nero* (1979), el último libro que ha publicado, una especie de diario de ca-

mino o cuaderno de apuntes, en el que se hayan condensados muchos de los temas preferidos del autor. Sobre la Iglesia: "Jesucristo nos legó ideas tan buenas, que fue necesario inventar toda la organización de la Iglesia católica para combatir las." Sobre la juventud actual: "Rivarol decía: 'No hacer nunca nada es una gran ventaja, a condición de no abusar de ello.' Los jóvenes sí abusan de ello, y hasta tal punto que algún día se encontrarán viejos sin haber hecho nada. Y no sólo individualmente." Sobre la inteligencia: "Cretinos inteligentísimos. Parece imposible, pero los hay." Tampoco se salva partido político alguno de los que hoy operan en Italia. Permítaseme el empleo de la palabra operan, pero es que de pronto se me ha ocurrido, tras haber leído el *Cándido* de Sciascia y su *Affaire Moro*, que al autor no sólo le habría hecho alguna gracia sino que además la habría encontrado bastante pertinente.

Voy a detenerme un poco en los dos libros cuyos títulos acabo de mencionar, por ser conjuntamente con *Nero su nero* los últimos que ha publicado, y porque creo que, dejando de lado las obras de pura ficción (pero, ¿lo son algunas de las obras de este autor que más de una vez ha afirmado que en varios de sus libros ha partido de la pura ficción para terminar en la realidad pura?), *Cándido* (1977) y *L'affaire Moro* (1978) son las que mejor pueden darle al lector la imagen de este intelectual atento, lúcido, sarcástico, de gran coraje, inspirado e intuitivo en muchos casos, aunque él prefiera que se le tome por racionalista y punto.

Nada más lejano, aunque estamos eso sí ante un verdadero cuento filosófico, del *Cándido* (o *el optimismo*) de Voltaire, que el *Cándido* de Sciascia. Y ello precisamente porque no nos hallamos aquí ante los infortunios del optimismo, sino ante la fortuna de ser pesimista, o mejor aún, de ser cándido. Es decir, ante aquel personaje que a priori niega lo que los otros le dicen, lo que los demás tratan de imponerle. Encontramos al *Cándido* de Sciascia el día mismo de su nacimiento, hecho que de por sí ocasiona bastantes disturbios dentro de su propia familia. En Sicilia, primero, donde por ejemplo, tras haber aceptado algunas ideas de los comunistas locales, se presenta al local del partido para entregar sus tierras y que éstas sean distribuidas entre los campesinos de la región. Desde todo punto de vista, pero sobre todo desde el burocrático, tal acto es una verdadera locura. *Cándido* abandona los ideales del partido, porque para Sciascia (y en esto su *Cándido*, comparado al de Voltaire, resulta ser el anti-*Cándido*), el candor consiste precisamente en no poder aceptar las ideas impuestas por otros y hacerlas suyas "a secas". Su lenguaje, por el contrario, es tan simple que nadie logra entenderlo o, en todo caso, nadie quiere entenderlo porque crearía demasiadas complicaciones al simplificar tanto las cosas... Lo dice el propio personaje: "si viéramos las cosas tal como son, nuevamente se torna-

rían simples." Claro, tan simples, que no faltaría quien se encargara muy disimuladamente de volvernoslas a complicar. Cándido y su candor abandonan Sicilia, tras haber causado más de un desorden en las ideas establecidos, sean éstas religiosas, familiares, democristianas, fascistas, socialistas o comunistas. Su recorrido por Italia lo lleva hasta el norte industrializado de la península, y posteriormente, en una hermosísima historia de amor y liberación, hasta el mayo del 68 parisino. No hay un verdadero desenlace, a no ser que tomemos por desenlace el maravilloso triunfo del candor sobre un mundo lleno de prejuicios que, a menudo, son los mismos bajo banderas distintas, bajo siglas distintas de distintos partidos políticos. El sarcasmo, la ironía, el "pesimismo", con que Sciascia pasa revista a treinta años de historia de su país, que son también treinta años de nuestra historia, corresponden a los años que van desde 1947 hasta 1977, los de vida y felices andanzas de un personaje candoroso por el mundo. En el ya mencionado diario de Sciascia, *Nero su nero* (1979), encontramos más de un eco profundo de las motivaciones de este libro, y del don que tiene su autor para detectar estas situaciones bufas, imbéciles, e hipócritas. Nos cuenta de una reunión en la que dos personas conversan muy amablemente, y cómo la conversación, a medida que avanza, se torna más amable pues ambas personas se van dando cuenta de que tienen absolutamente las mismas ideas. Cuando de pronto, ¡horror!: en plena conversación tan distinguidos caballeros se enteran de que pertenecen a partidos políticos radicalmente opuestos. El impase llega a su clímax cuando uno tiene la osadía de proponerle al otro que abandone su partido y se adhiera al suyo. Pero claro, la sangre no llegó al río porque en ese momento se acercaba el anfitrión a ofrecerles el delicioso almuerzo que les tenía preparado. Ante una buena mesa...

Me imagino que Sciascia, intelectual honesto por excelencia, estaba leyendo atentamente todo lo que se publicaba sobre el caso Moro; me imagino también que estaba pensando muy en serio lo que algún día iba a decir al respecto. Pero a veces el público y, entre éste los mismos intelectuales, se olvida de estos *detalles* (informarse, meditar, callarse cuando no se está seguro de algo), y ya empezaba a criticársele el que permaneciese tan silencioso tratándose de un asunto que podía hacer tambalear al Estado italiano.

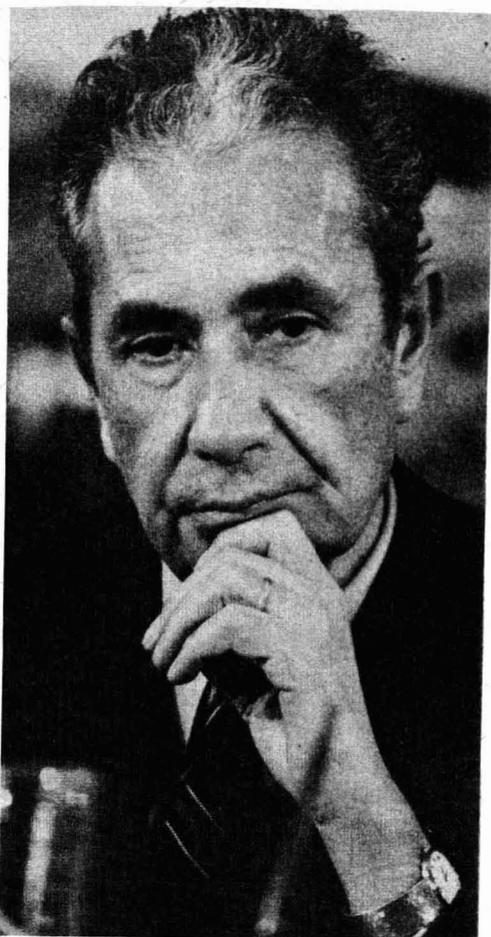
Cuando Sciascia habló, o mejor dicho publicó su panfleto *L'affaire Moro*, muchos prefirieron que se hubiese quedado callado. El libro es un inteligentísimo análisis de todos los documentos que se publicaron oficialmente e incluso de aquellos que se publicaron "de casualidad", por decirlo de alguna manera. Pero su preocupación no quedó ahí, pues aún en su libro siguiente, *Nero su nero*, el caso Moro continúa preocupándolo y vuelve a él en varios párrafos del diario-cuaderno de apuntes. Y es

que el tiempo le había ido dando razón, y a muy corto plazo. El "onorevole" Moro aparece en sus dos facetas, como jefe supremo de la democracia cristiana italiana, a quien el partido le exige prácticamente que siga asumiendo responsabilidades históricas (Moro no deseaba ya asumir estas responsabilidades: una cierta amargura, una triste ironía se habían apoderado de él, cambiando incluso la manera en que se daba su sonrisa en las Cámaras y ante el público; se sabe, además, que el asesinato de los Kennedy lo había conmovido mucho y lo había llevado a reforzar muchísimo su guardia personal), y como el padre de familia, el esposo amante, ya raptado por los Brigadas Rojas, grupo terrorista italianísimo, al decir de Sciascia, y que ha jugado a menudo las mismas cartas que la mafia, creando el mismo tipo de terror y de desconcierto entre la población italiana: grupo asombrosamente bien estudiado por Sciascia, en lo que a métodos de violencia se refiere (al igual que la mafia, cuando no mata, suele herir las piernas de su víctima, con el afán de dejarla coja. A este respecto, resulta cruel e interesante aquella escena de la última película de Comencini, *Caro papá*, en la que vemos la cantidad de ricos industriales que en una elegantísima fiesta se desplazan con muletas o en silla de ruedas), y en aquello que el autor llama "el campo de lo imposible al que pertenecen", ya que, precisamente cuando el rapto de Aldo Moro, se calculó que la mitad de la población del país fue interrogada por la policía, sin que ciudadano alguno lograra dar el menor indicio acerca de un miembro del grupo terrorista.

Los Brigadas Rojas pedían el canje del jefe de la Democracia Cristiana por trece (número que, en Italia, se considera de mala fortuna) prisioneros de su organización. Desde un comienzo, el problema empezó a plantearse en términos muy claros. Realizar el canje era reconocer la existencia de otro poder dentro del Estado italiano; era, pues, debilitar la imagen del Estado y de la Democracia Cristiana, sobre todo. Los comunistas y, sobre todo los socialistas (hasta el fin), fueron partidarios de la solución humanística de un canje, a lo cual respondieron otros que ello implicaba reconocer que en Italia existían ciudadanos de diverso valor ante el Estado. ¿Por qué tenía que valer Moro más que cualquier ciudadano común y corriente?

Empezaron a salir a la luz las cartas que Moro dirigía a su familia y a sus compañeros de partido. No eran ya las cartas de un hombre que preside una sesión en el parlamento, sino las de un hombre enfrentado a sus verdugos, con quienes come, con quienes conversa, y por quienes acepta estar siendo bien tratado en los días previos o paralelos a los de la realización de su juicio en la cárcel del pueblo. Son las cartas del hombre que llevó a su partido al lugar que ocupaba en la política italiana; las del hombre que había aceptado la responsabilidad del "compromiso histórico" con el Partido Comunista; pero

Aldo Moro



son, ante todo, las cartas de un hombre que busca la solidaridad humana entre los suyos, entre sus amigos, entre los hombres que él mismo había encumbrado. Para Sciascia, todas estas son facetas de un mismo hombre. No lo son, sin embargo, para los miembros de su partido. Para éstos, el Aldo Moro que escribe las cartas desde la cárcel no es el de antes, y por consiguiente no sirve ya para los fines de su partido ni los del Estado italiano. Ha llegado el momento de un gran lavamanos (y aquí denuncia Sciascia muchas cosas; aquí tenemos nuevamente al gran censor de la DCI, al hombre que nos ha explicado con amargo sarcasmo como Cándido vio en Sicilia a sus parientes fascistas cambiarse oportunamente de camisa y entrar a la DC o al PCI): se le entrega el caso a Cáritas Internacional, institución totalmente desprovista de medios de presión en un caso tan grave. Pocos, hasta entonces, habían oído hablar de esta entidad vaticana y humanitaria. Pero es a ella a quien se le pide ocuparse de "inducir a los raptos de Moro a liberarlo." Ha triunfado en la DCI la Razón de Estado, pues el partido aduce "su indefectible fidelidad al Estado democrático, a sus instituciones, a sus leyes, en operante solidaridad con los partidos constitucionales". Es sabido, sin embargo, que el Partido socialista se convirtió en la oveja negra de la solidaridad constitucional, al decidir separadamente hacer todo lo posible por salvarle la vida a Aldo Moro.

Interviene entonces Paulo VI, con una carta que, al decir de Sciascia, parece contener "un profundo sentir cristiano." En ella, exhorta a los Brigadas Rojas a liberar a Moro "simplemente y sin condiciones." En la cárcel, Moro es informado. Comprende. En el fondo, Paulo VI no ha hecho más que confirmar la posición de la DC, en lo que se refiere a su "indefectible fidelidad al Estado." Y

Sciascia comenta entonces con amarga ironía que Paulo VI posee un sentido del Estado más profundo aún que el del Príncipe Poniatowski, en aquel momento Ministro del Interior de Francia, para quien era válido tratar con los terroristas para evitar el sacrificio de "la vida humana inocente." Moro ha comprendido a fondo las palabras de Paulo VI, cuando se dirige humildemente a él tratando de probarle los beneficios que en muchos sentidos se podrían obtener con un canje. Más tarde vuelve a escribir, pero ya es sólo para señalar que, en su caso, la Santa Sede ha adoptado una posición contraria a las anteriormente adoptadas, y que va además en contra de "toda tradición humanitaria". Al final, llega a escribir: "Es una cosa horrible, indigna de la Santa Sede..." Y añade Sciascia que, sin duda alguna, en aquel momento Moro está pensando en que, pocos meses antes, el mismo Paulo VI se había ofrecido de rehén en un famoso caso de piratería aérea. Al igual que la DCI, prefiere ahora dejar el caso en manos de la inoperante Cáritas Internacional...

A poca gente le ha gustado este libro de Sciascia. La presencia vigilante y necesaria de la que hablaba al empezar este artículo, se tornaba de pronto incómoda, realmente insoportable para algunos italianos. En Francia, en cambio, éste, como todos los demás libros de Leonardo Sciascia, fueron aclamados por la crítica y los lectores. Pero ni el éxito ni la diatriba le han impedido a este intelectual lúcido, valiente y atento, seguir preocupándose por encontrar aquel hilo de la maraña que puede llevarnos hacia la verdad, por la posición del individuo en y ante la sociedad. El caso Moro ha sido una, entre muchas otras oportunidades, de ir desenmarañando el endiablado embrollo en que parece asfixiarse el mundo contemporáneo. Y el tiempo, aunque no ha sido mucho el transcurrido desde que Aldo Moro fuera ejecutado por las Brigadas Rojas, también en este caso le ha ido dando razón. En efecto, hace poco se dio a conocer una especie de "memorial" de las cosas dichas y escritas por Moro en la cárcel del pueblo. Para Sciascia, hay en esas páginas "cosas de espléndida verdad, de aquella verdad a la cual Moro, ya trágicamente libre para siempre, se había acercado finalmente". Cita aquí el autor algunas de las últimas frases escritas por Moro a sus copartidarios y amigos: "Tengo el inmenso placer de haberlos perdido, y deseo que todos los pierdan a ustedes con la misma felicidad con la que yo los he perdido." "Palabras que parecen llegar hasta nosotros desde la antigua y eterna tragedia del poder", comenta Sciascia, presente, vigilante, necesario. Es el mismo Sciascia que en otra oportunidad hablaba del inmenso placer con que abordaba algunas de sus tareas de escritor... y de cómo, a veces, ese placer desaparece de pronto por completo.

París, febrero 1980.